

**Autor: Aníbal D'Auria \***  
**Elina Ibarra \*\***

\*Investigador de la Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: [anibaldauria@gmail.com](mailto:anibaldauria@gmail.com). <https://orcid.org/0000-0001-5216-3790>

\*\*Investigadora Adscrita en el Instituto de Investigaciones Jurídicas "Ambrosio Gioja" de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Profesora de Fundamentos de Bioética en la Carrera de Actualización en Bioética y en la Maestría en la misma Facultad. Profesora Adjunta de Ética, Directora de Proyectos de Investigación y Coordinadora de la Licenciatura en Ciencia Política de la Universidad Abierta Interamericana. Correo electrónico: [chinacruel@hotmail.com](mailto:chinacruel@hotmail.com). <https://orcid.org/0000-0002-3852-0832>

# EL ANARQUISMO DE RODOLFO GONZÁLEZ PACHECO: PECULIARIDADES Y CARACTERÍSTICAS<sup>1</sup>

**The Rodolfo González Pacheco anarchism: specific features and characteristics**

Fecha de recepción: 10 de marzo de 2021

Fecha de aceptación: 25 de abril de 2021

**Resumen:** *El artículo se propone mostrar algunos rasgos específicos en la concepción anarco-revolucionaria de Rodolfo González Pacheco (Tandil, 1883 – Buenos Aires, 1949), a saber: su vitalismo, esteticismo e irracionalismo, a partir del análisis de sus escritos de propaganda y difusión del ideario anarquista y revolucionario, los que consisten, principalmente, en los llamados carteles, especie de proclamas que sintetizan una idea en pocos más de veinte líneas, de escritura simple, encendida y convocante a la acción.*

**Palabras clave:** Anarquismo; Rodolfo González Pacheco; Vitalismo; Irracionalismo; Esteticismo

**Abstract:** *The article proposes to show some specific features in the anarcho-revolutionary conception of Rodolfo González Pacheco (Tandil, 1883 - Buenos Aires, 1949), namely: his vitalism, aestheticism and irrationalism, based on the analysis of his propaganda and dissemination writings of the anarchist and revolutionary ideology, which consist mainly of the so-called posters, a kind of proclamation that synthesizes an idea in a few more than twenty lines, of simple writing, fiery and summoning to action.*

**Keywords:** Anarchism; Rodolfo González Pacheco; Vitalism; Irrationalism; Aestheticism

1- El presente artículo resume ideas desarrolladas en nuestro libro *El anarquismo de Rodolfo González Pacheco. Un ensayo crítico sobre "carteles"*. Buenos Aires: Editorial Libros de Anares. (Colección Utopía Libertaria). Asimismo, las citas referentes a los carteles de González Pacheco se retomarán de la compilación realizada en el mismo.



“yo soy autor de teatro como pudiera ser autor de un homicidio: por corazonadas y circunstancias de la vida. Paso por eso como el que, en su camino, pasa aquí un charco y allá una cumbre. Pero lo que yo amo está más adelante, más adelante...”

González Pacheco, *La Antorcha* N° 76

## Introducción

Nos proponemos mostrar algunos rasgos específicos del anarquismo de Rodolfo González Pacheco (Tandil, 1883 – Buenos Aires, 1949). No nos detendremos entonces en el análisis de sus obras teatrales, sino que nos centraremos en sus escritos de propaganda y difusión del ideario anarquista y revolucionario. Estos escritos consisten, mayoritariamente, en lo que se denominó *carteles*, especie de proclamas que sintetizan una idea en poco más de veinte líneas. Con un estilo de escritura simple, encendida y convocante a la acción, estos aparecían con singular frecuencia en los numerosos periódicos anarquistas y revolucionarios de las primeras décadas del siglo XX: *La Protesta*, *La Obra*, *La Antorcha*, etc.<sup>2</sup> Así los concebía González Pacheco en *La Antorcha*, en su número del 11 de febrero de 1921:

“Porque un cartel no se hace ni con ingenio ni con ciencia; ni con gritos, ni con música. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpitante, lo cálido. ¡Se pare! Debe hablar de dolor, cuando habla, no con la boca, sino con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueña, sino que debe salir a hacerla, ¡a cumplirla!”

Y en *Cartelerías*, dice:

“nosotros, convencidos de tener un público que, por apuro o cansancio o poca luz, no podía deletrear sino lo grande, lo primordial, lo prístino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último, lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Sí; para ese lector que tufa mugre, resopla angustia o masca encono, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ése sólo.”

2- González Pacheco escribió sucesivamente en los siguientes periódicos: *Futuro* (1897), *Germinal* (1906), *La Protesta* (1907-1908 y fugazmente años después), *La Mentira. Órgano de la Patria, la Religión y el Estado* (1908), *La Campana Nueva* (1909), *La Batalla, Diario anarquista de la tarde* (1910), *Alberdi* (1910), *Libre Palabra* (1911), *El Manifiesto* (1911), *La Obra* (1916.1919 y nuevamente a partir de 1936), *El Libertario* (1920), *La Antorcha* (1921-1932). También colaboró con publicaciones españolas como *Tierra y Libertad* (a partir de 1910), *Nosotros* (1937), *El comunista* (1919-1920), *Solidaridad Obrera* (1920), *Umbral* (1937.1939). Cf. Tarcus, H. (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé. De esta fundamental obra de Tarcus tomamos todos los datos biográficos que consignamos en algunas notas al pie.



En fin, esos carteles que González Pacheco *parió* se encuentran compilados, junto a otros pocos escritos y conferencias, en dos tomos que llevan precisamente por título *Carteles*.<sup>3</sup> El primer tomo comprende carteles “Del entrevero”, carteles “De Ushuaia” —que pintan su experiencia en el tristemente famoso presidio de aquella ciudad—<sup>4</sup> y una breve “Miscelánea”. El segundo tomo comprende carteles “De los caminos” —que pintan impresiones de sus viajes de proselitismo por la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay— carteles “De España” —que pintan su vivida experiencia durante la revolución española<sup>5</sup>— carteles de “Los míos” —semblanzas de anarquistas que le son queridos o modelos ejemplares— carteles “Del arte y los artistas”, carteles “De la querencia” —donde pinta aspectos humanos de su Tandil natal— y cinco conferencias tituladas: “Santa Cruz”, “Anarquismo”, “Ernesto Herrera”, “Teatro” y “Sentido de la cultura”.

Esos dos tomos de *Carteles* constituyen la única fuente primaria del presente trabajo. Espero que se nos sepa disculpar la gran cantidad de citas literales, pero las hemos creído necesarias para transmitir al lector una idea fiel del estilo de escritura de González Pacheco. Creemos que en la apreciación correcta de ese estilo se juega la verosimilitud de lo que afirmemos en este ensayo sobre la concepción del anarquismo que profesaba González Pacheco.

En los carteles de González Pacheco podemos encontrar, más o menos, todos los tópicos generales del anarquismo: el odio al Estado y a su violencia cómplice de la explotación, el odio a las prisiones y al burgués, el anti-militarismo, el anti-clericalismo, la solidaridad con todos los oprimidos, etc. Y no puede decirse que González Pacheco sea un pensador “original” en esos temas; ni siquiera acaso un “pensador” en el sentido filosófico del término. No hay, creemos, un aporte teórico de su parte a ninguno de esos temas. Pero sabemos que a Pacheco tampoco le hubiera gustado ser tenido por un pensador en ese sentido. Según él, “lo que sobran son palabras, y lo que faltan son hechos”:

“yo no soy un escritor. No sé si no puedo; sé que no quiero Intelectual de oficio ¡Ah no! (*Higos pintados*).

“¿Sabio?... ¿escéptico?... No queridos, muchas gracias. Lo dejo para después, cuando haya doblado el cabo. La mueca póstuma” (*La mueca póstuma*)

## 2. Anarquismo del carácter

En la teoría y la ciencia política se suele diferenciar tres tipos especializados de personalidad política: 1. El tipo administrador, 2. El tipo agitador, y 3. El tipo teórico; y también se ha admitido sin problemas que esos tipos especializados pueden combinarse en tipo múltiples, de manera que alguien puede quedar incluido en dos o incluso los tres tipos al mismo tiempo (Lasswell, 1963: 63-64). Ejemplos del tipo especializado administrador podrían ser Franklin D. Roosevelt en EE.UU o Julio A. Roca en Argentina. Ejemplos del tipo agitador podrían ser los profetas al Antiguo Testamento, o Leandro

3- González Pacheco, R. (1956). *Carteles*. Buenos Aires: Ediciones La Obra. El primer tomo de *Carteles* fue publicado en 1919; en 1923 publica los carteles *Del camino*; en 1928, los *De ayer y de hoy*; en 1936, *Carteles (segunda serie)*, y en 1940, los *De España*.

4- González Pacheco fue confinado a la cárcel de Ushuaia, junto con Teodoro Antilli, en 1910, tras la clausura del periódico *La Batalla*, que ambos co-dirigían. En el marco de represión generalizada al anarquismo previa a la celebración del primer Centenario, fueron muchos los anarquistas reclusos en el sur del país.

5- González Pacheco partió para España al principiar la guerra civil en aquel país, o sea, en 1936, para apoyar a los revolucionarios anarquistas que intentaban llevar adelante la revolución social. Allí dirigió la Compañía del Teatro del Pueblo de Barcelona y la revista *Teatro Social*. Permaneció en España nueve meses.



Alem en la política argentina del siglo XIX. Y ejemplos del tipo teórico podrían ser Jean J, Rousseau, Th. Hobbes o, en Argentina, Juan B. Alberdi. Mientras que esos individuos dados como ejemplos se aproximan respectivamente a cada uno de los tipos puros, hay otros que pueden combinar en su personalidad a más de un tipo; así, por ejemplo, Jean Bodin en la Francia del siglo XVII parecía combinar el tipo administrativo con el tipo teórico; por último, personalidades como Lenin o D. F Sarmiento parecen haber combinado los tres tipos.

Ahora bien, si por tipo administrador entendemos sólo la personalidad gubernativa, de gestión burocrática estatalista, parece claro que un anarquista queda excluido desde el vamos, casi por definición.<sup>6</sup> Entonces, los tipos especializados posibles de personalidad política anarquista quedarían reducidos al agitador y al teórico, con la particularidad que los teóricos del anarquismo han solido combinar su teorización con la agitación. Acaso sólo William Godwin y Benjamin Tucker podría ser considerados como teóricos puros del anarquismo; los demás grandes hombres teóricos del anarquismo han sido a la vez teóricos y agitadores: Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus, Malatesta, Faure, Abad de Santillán. Pero junto a estos teóricos agitadores, el anarquismo ha dado una gran cantidad de agitadores puros; y es en esta categoría que correspondería ubicar, según entendemos, a Rodolfo González Pacheco. Es más un difusor de las ideas anarquistas que un teórico de las mismas. Sin embargo, si bien sus ideas no revisten gran originalidad, sí puede hallarse originalidad en su *estilo* discursivo, en su “forma” literaria y retórica.

En primer lugar, el anarquismo de González Pacheco postula una fuerte identidad entre las palabras y las conductas. Es más, el anarquista debe hablar más por su acción que por su lengua. El anarquista verdadero ha de encarnar él mismo la Idea que profesa; y debe encarnarla viviéndola como un agitador permanente:

“A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos “¡para todos!” no debe develarlos sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...” (*Paciencia y meta*)

“Lo más difícil de la obra anarquista no es la de crítica a la sociedad presente ni la de la exposición de una futura: es reencarnar en el hombre la confianza en sí mismo. [ ]

Que cada día que se alce, se diga; a cumplir mi tarea de ensueño o de yunque. El Mesías soy yo, fuerte dios que busca en la tierra la amistad de otros dioses. ¡Hombre soy!” (*El mesías*)

De hecho, la relación íntima entre el hombre y sus obras, entre su vida personal y sus producciones, sean éstas artísticas o revolucionarias, parece ser una obsesión, tanto de su vida como de su producción escrita. Así se desprende de varios de sus carteles, como en *Pájaros muertos*, *Micana Vasca*, *Una desvergüenza de Máximo Gorki*, *Las botas y el clavo* o en su conferencia sobre Ernesto Herrera. Este es en realidad el rasgo que creemos más saliente de los escritos de González Pacheco: más que de tratar sobre el anarquismo, lo que le interesa son los anarquistas, es decir, los militantes: cómo son, cómo deben ser. O, dicho de otro modo: le interesa el anarquismo sólo

6- Habría que hacer dos salvedades a esta exclusión apriorística. Una: que bien puede concebirse una personalidad anarquista administradora si se piensa en la gestión de cooperativas o de organismos no estatales como sindicatos o periódicos. Otra: la situación excepcional durante la guerra civil española, en la cual algunos anarquistas, con gran escándalo para otros anarquistas, aceptaron participar del gobierno de la República jaqueado por los fascistas alzados.



como cualidad de ciertos hombres, donde los aspectos doctrinarios éticos y políticos están, si no relegados a segundo plano, sí reducidos y simplificados.

Como prueba de que lo que interesa a González Pacheco es más el carácter anarquista que otra cosa, se puede repasar la semblanza que hace de sus referentes en la colección de carteles titulada *Los míos*. En general es su carácter lo que resalta; incluso cuando se trate de grandes pensadores, como Bakunin o Malatesta, nunca es su pensamiento o sus argumentaciones lo que subraya.

Anselmo Lorenzo es un “acero muy fino”. A Bakunin, “ni la piedra ni el bronce” podrían contener su imagen esculpida. Antonio Loredo es un “bohémio”. Cao es “un acero en su empuñadura”. Bonafoux, “un acero de doble filo”. Radowitzky, es el “amador fiel de la revolución”, “niño héroe” y “primer novio de la Anarquía” en la Argentina. Wilckens, es “hierro labrado a lima”, pura “ternura y fuerza”. Antilli es “tala fornido y nudoso”, y la dupla que hacían juntos es “del fierro al puño”, la “del hombre fino y el gaucho bárbaro”. Malatesta es “fuerte como el fierro de las armas” y “gastó su vida hasta el cabo, como un hacha”. Armando Souto es “un niño que canta”. Faure posee una lengua que es “como un badajo de bronce, de plata y de oro”. Tolstoi es “el viejo” que “tiene un corazón infantil”. Barrett es “la otra mano de la Anarquía”, la “mano piadosa y fraterna”. Emma Goldman es una dama de “empaque entre cordial y severo; un juego de luz y sombra, sonrisa y gruño” que expresa “una bravura mansa” propia de todos los viejos anarquistas. Bueno, no es preciso ahondar más: cosas parecidas dice de Florencio Sánchez, de Raúl Carballeira y de Alberto Ghirardo. Siempre el carácter de la personalidad en primer plano. Sólo de Kropotkin parece rescatar su perfil específico de pensador, pero sin ahondar demasiado en sus ideas. Es más, en su conferencia sobre “El anarquismo”, González Pacheco incluso devalúa la intención de Kropotkin de presentar un sistema de moral en su *Ética* inconclusa; según él, en todo caso, eso se habría debido a una tendencia propia de todo personaje de su talla en sus últimos días, pero lo importante del anarquista ruso no es el sistema moral al cual llegó sino la rebeldía de la cual partió.

Entonces, una vez más, no es tanto la *idea* anarquista ni las *estrategias* del anarquismo como movimiento organizado lo que mueve la pluma de Pacheco; son los anarquistas, o sea, su personalidad o carácter rebelde, militante y revolucionario. Su propia aspiración personal es ser un “mensaje vivo” (*Pacheco viejo*)

Y en verdad, no puede decirse que González Pacheco no haya cumplido en su vida con su propia consigna de ser él mismo un “mensaje vivo”. Su prisión en Ushuaia y su participación en la revolución española son pruebas suficientes. Lo que no significa que, al menos por momentos, expresara insatisfacción y culpa consigo mismo por escribir y no actuar más y más radicalmente. Así se trasluce en *Las herramientas*; también en *Los huérfanitos*, cuando escribe:

“¡Hijitas mías queridas perdonadme! Sí, sí. Perdonadme, porque en vez de salir para la calle y ahorcar al primer burgués que topara al paso escribo, mancho papeles, creo que estoy llorando también...”

Pero en todo caso, González Pacheco *también* escribe y seguirá escribiendo a lo largo de los años; y como dijimos, las peculiaridades de sus concepciones no deben buscarse en el fondo de sus ideas libertarias. No se encontrarán ahí nuevos aportes al pensamiento anarquista, ni nuevos argumentos. Es en la forma, estilo y énfasis de su escritura que hay que buscar la peculiaridad como anarquista de nuestro autor. Y veremos que ese estrecho vínculo que establece entre personalidad y revolución puede dar lugar a ciertas tensiones subterráneas entre sus ideales y su persona: su postura es que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero el lector puede preguntarse si no es exactamente al revés lo que hace: ¿no estará



poniendo González Pacheco la revolución al servicio del desarrollo pleno de su propia e individual personalidad, bella y romántica?

No vamos a abundar con citas para abonar esta interpretación. Podrían extraerse muchas (y el lector podrá hallarlas por sí mismo a lo largo de este ensayo), pero tal vez baste con transcribir ahora la primera oración de su obra compilada en 1956. Esta frase corresponde al cartel titulado *Destino*:

“Tallado en la vida he traído yo el anarquismo. Como el rosal su rosa  
o la espina el cardo”

En fin, como rasgo fundamental de sus carteles, advertimos que lo que Pacheco trata no es tanto el pensamiento anarquista como la personalidad anarquista. A este rasgo determinante de sus escritos le llamaremos “anarquismo del carácter”, carácter anarquista que a su vez podríamos descomponer analíticamente en diversos rasgos interrelacionados en la prosa de nuestro autor: romanticismo, idiosincrasia, esteticismo, vitalismo, anti-intelectualismo, idealismo, juvenilismo, criollismo.

### 3. Anarquismo romántico

Parece claro que a todo este protagonismo de la personalidad subyace la vieja idea romántica del *grande hombre*, del *genio* y del *héroe* que encarnan en sí mismos fuerzas morales, ideales e incluso pueblos o clases sufrientes.<sup>7</sup> De hecho, las palabras “genio”, “héroe”, “mártir”, y otras propias del vocabulario romántico clásico, abundan en los carteles de G. Pacheco:

“A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos -¡para todos!- no debe develarlos sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...” (*Potencia y meta*)

“El viejo río de la vida mojó sus plantas, como, a una tierra maldita, un manantial subterráneo. Y los tornó así fecundos, audaces, bellos, en medio de un ambiente estéril, cobarde, frío. Y son los genios, los mártires, los revolucionarios” (*Soldados desconocidos*).

“El mundo en flor es un sueño, todavía; esto es cierto. Pero hay una realidad que nadie puede negar: son los hombres florecidos de esperanzas, ideales, visiones grandes. Genios, rebeldes, artistas. Trabajadores, obreros: floreced también vosotros. [ ] Luchad, pelead, insurgid, con vuestra dignidad de productores en alto, como una maza en el puño. Esta será vuestra flor; la roja flor sobre el tallo oscuro con que ayudareis vosotros al florecer del mundo”. (*El mundo en flor*)

7- La referencia obligada a la teoría romántica del gran hombre, del héroe, son las conferencias pronunciadas por Thomas Carlyle en 1840, reunidas después como *Tratado de los héroes. De su culto y de lo heroico en la historia*. La edición en español que tenemos en nuestras manos es de Editorial Obras Maestras, Barcelona 1946. Como estudio general sobre el romanticismo. Se recomienda revisar: Berlin I. (2015). *Las raíces del romanticismo*. Buenos Aires: Ediciones Taurus. También puede consultarse con interés, aunque centrado en el romanticismo alemán, Safranski, R. (2009). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets Editores.



“El pueblo no quiere holgar ni oír discursos, sino batirse, hacer cuanto antes su guerra. Dadle motivos heroicos [ ] ¡No va a regatear su sangre!” (*El señor del mundo*)

En el cartel *El héroe* se ve claramente este culto romántico por la personalidad heroica. Allí se narra brevemente una historia vivida por el propio G. Pacheco durante la revolución española. Fue durante un prolongado, intermitente y aburrido tiroteo entre revolucionarios y nacionales en Barcelona, que parecía más un “intercambio de ideas” que un enfrentamiento armado. No era esa, según el autor, una auténtica pelea revolucionaria. “Para serlo, le faltaba eso: el inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero sin cuya grandeza, matar, o que nos maten, es siempre un crimen”, pues “[e]n esa fuga hacia la locura está la salvación de nuestra alma” y “[e]n ese desequilibrio, nuestro equilibrio”. El cartel citado concluye así:

“Cuidarse es bueno; pero entregarse es bello. Aquello se comprende; esto se siente. Y el pueblo vive de sentimientos. Por eso bastó que un niño “pequeñín, de doce años, a lo sumo, descalzo, astroso, mocososo- flameara una bandera y un grito y ¡al diablo la comprensión, la economía y la estrategia! Y a la conciencia, o a dios, la razón de matar o de ser muertos. Faltaba el héroe”.

En esta clave romántica, entonces, resulta natural que González Pacheco simbolice la Anarquía a través de dos personalidades de genio que la expresarían sintéticamente. Ellas son Mijail Bakunin, por un lado, y Rafael Barrett, por el otro, porque en la visión de nuestro autor la Anarquía tiene dos caras, o mejor dicho, dos manos:

“Y los dos son anarquistas. Los contrapongo porque, para mí, son ejemplares. Pienso en lo que nos dijeron con más fervor o más fuerza “Bakunin: “Destruir es crear”; Barrett: “La vida es ternura”-, y veo en ellos las dos manos de la anarquía: la que voltea martillazos, ceñida y crispada siempre, y la que siempre está abierta; hasta cuando se le crispa; como para que la claven” (Barrett, 1943).

Es decir, para G. Pacheco la Anarquía —mejor dicho, el anarquismo— tiene dos aspectos representados como manos: una es garra y la otra es caricia, “blanca, piadosa, fraterna” (*Rafael Barrett*). Bakunin, el que “tumba osos”, hace “marchar pueblos” y logra que “los reyes se arrodillen”, encarna aquella “garra de la anarquía” (*Bakunin*). Barrett, por su parte, “el señor siempre”, “hermano” que siempre tiene su mano abierta “como para que se la claven” (*Rafael Barrett*) representa la mano tierna.

Como se ve claramente, sería un error ver en esto dos modelos diferentes de anarquismo. Más bien son dos caras de una sola cosa, que no sólo sería el anarquismo sino el hombre y la vida mismas:

“Son las masas este bosque en que hay de todo, bien y mal, pureza y depravación, bandidos y apóstoles. Mezcla tremenda, pero que es, hasta hoy, la única mezcla en que se han tallado los verdaderos hombres. ¿Los hombres, digo?... Dios y el diablo son cada uno la mitad del otro. Esto sabe el anarquismo, y debe mirar hacia ello sin asco y sin cobardía.



Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona” (Conferencia sobre el *Anarquismo*)

Es decir: Bakunin y Barrett simbolizan dos aspectos del anarquismo, uno y el mismo siempre, que a su vez es la manifestación más honesta y auténtica de lo que es el hombre, la vida y la naturaleza misma (*Los leñateros; El pensamiento anarquista; Corazonadas nuestras; De hombre a hombre; Comunismo*). Y por ello: “La Anarquía es eterna, por más que la persigan, siempre dirá ‘aquí estoy’” (*¡Aquí estoy!*).

## 4. Anarquismo idiosincrásico

Retengamos este sutil tránsito que G. Pacheco hace del romanticismo al vitalismo porque volveremos sobre ese aspecto de su anarquismo. Pero por ahora digamos algo más sobre su romanticismo, un romanticismo que, de algún modo, sorprendentemente, podría asociar su escritura a la de la generación del 37 del siglo anterior argentino.

Coriolano Alberini ha acuñado una famosa fórmula para caracterizar al pensamiento de la generación argentina del 37: romanticismo de medios cruzado con iluminismo de fines. Esta fórmula, ya consagrada, simplemente quiere significar que los románticos rioplatenses, abocados a la acción política del momento, buscaron una síntesis práctica entre los ideales universalistas de la Ilustración —que identificaban con la fracasada generación unitaria anterior— y la realidad e idiosincrasia particular del país —que identificaban con el suelo y los caudillos federales triunfantes consolidados en el poder— (Romero, 1979: 130 y ss; Weinberg, 1977). Sus más importantes exponentes resumieron esa idea en fórmulas tan o más famosas que la académica de Alberini. Esteban Echeverría lo hizo con la metáfora de la mirada estrábica del ojo en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad.<sup>8</sup> Sarmiento hizo lo propio con el título de su más famoso libro: *Civilización y barbarie* (1845), que pretendía resumir en dos palabras el carácter dual de las guerras civiles argentinas, dualidad que sólo podría resolverse hallando una síntesis entre lo europeo y lo americano.<sup>9</sup> Y Alberdi todavía se mantiene fiel a ese eclecticismo cuando en 1852 busca una constitución liberal pero acorde a la idiosincrasia argentina.<sup>10</sup>

En sus *Carteles*, González Pacheco menciona ocasionalmente a algunos de estos románticos de cien años antes. Y aunque sea capaz de tirarle un pequeño halago a la *personalidad* de Sarmiento al considerarlo “gaucho”, es natural que, como anarquista que es, no se identifique

8- La famosa frase de Echeverría corresponde al *Dogma Socialista* (1837), palabra simbólica XII: “El mundo de nuestra intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”, y vuelve a repetirla en 1848 en su escrito sobre la reciente Revolución de Febrero en Francia. Ver Echeverría, E. (1972). *Obras Completas*, Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora. pp. 161 y 298, respectivamente.

9- Tomemos al azar, como ejemplo, esta cita de *Civilización y barbarie* (1845): “Existían antes dos sociedades diversas: las *ciudades* y las *campañas*; echándose las *campañas* sobre las *ciudades*, se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las *ciudades*”. Sarmiento, D. F. (1974). *Facundo*. Buenos Aires: Losada. p. 231. Recordemos que el título original del libro es *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, pero que luego se popularizó bajo el nombre de *Facundo*, con el cual se lo reeditó innumerables veces.

10- “La originalidad constitucional es la única a la que se puede aspirar sin inmodestia ni pretensión”. Alberdi, J. B. (1980). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), Buenos Aires: Editorial Plus Ultra. p.35.





expresamente con esa generación que fue la semilla del Estado nacional, aunque también se distancie de la tiranía rosista y de los estancieros federales (*Martín Fierro*). En su conferencia sobre *El sentido de la cultura*, G. Pacheco dice:

“Cultura, cultura ¿cuál?... Aquélla, europeizante, imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?... ¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la “superestructura” de toda vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y sólo en éstas?... ¿Cuál?...”

Después de leer estas palabras del propio autor, parecería un dislate vincularlo de algún modo a los hombres del romanticismo argentino del siglo XIX. Sin embargo, creemos que no lo es en absoluto. Su idea del anarquismo no es la de un ideario o un sentimiento meramente universal (que lo es), sino de lo que podríamos llamar un anarquismo idiosincrásico, o sea, con una pata (o un ojo) en el ideal internacionalista libertario, y otra pata (u otro ojo) en las entrañas de cada pueblo. Y en este sentido podemos descubrir un aire de familia con los románticos rioplatenses de 1837: así como éstos buscaron conciliar en una síntesis práctica el ideal universal que llamaban civilización con la realidad particular de su contexto idiosincrásico particular, González Pacheco busca algo parecido con su ideal universal anarquista:

“No hay razas, pero hay pueblos que, a través de la más larga existencia y la más movida historia, perduran en una suerte de cohesión de especie. Por debajo de las superestructuras que los dividen en clases, viven un solo temperamento. Y ello, no por un milagro de herencia o de ética, sino por algo más estrictamente físico. Lo telúrico, que colora nuestra piel remece nuestra voz, nos da la temperatura de las ideas y el color de las pasiones. Todo será un mismo hierro, pero en diferentes puños. Hay un ingénito español que no es lo ruso o lo chino” (*España*)

Y así, según nuestro autor, Argentina y México, por ejemplo, tienen cada uno su propio anarquismo, o lo que es lo mismo, su singularidad idiosincrásica anarquista:

“El mismo plasma caído en los dos extremos del continente, sobre dos tipos indígenas, pero de psicología opuesta, hizo del de aquí escritor y propagandista, del de allá montonero y mártir. Del campo a la ciudad vino el gaucho, de la ciudad a los campos marchó el indio; el uno sacó un periódico y el otro manoteó un rifle. Y aquí se llamó Antilli y allá Práxedes Guerrero.

Las consecuencias: aquí haremos barricadas cualquier día “las hemos hecho-; allá coparán las cumbres cualquier noche -las han copado-; aquí devolveremos las fábricas a los obreros, allá la tierra a los campesinos. Y finalmente: aquí a toda filtración legalitaria o ideologismo bastardo, primero que en cualquier parte, le pararemos el carro; allá al tirano más fiero, al más bragado caudillo le pararán



las patas. Son dos formas de una misma guerra que deben darse la mano y marchar juntas para la libertad íntegra de América. Práxedes G. Guerrero dio el primer paso a esta alianza del campo con la ciudad, del rifle con el periódico, del sublime coraje con la esperanza inmortal. A sellar este pacto venía cuando le derrumbaron de un balazo. Venía el indio. ¡Vamos los gauchos!" (*Guerrero*)

¿No es esto una variante de la fórmula echeverriana aplicada al anarquismo? ¿No es éste un romanticismo social de medios y un anarquismo de fines? Creemos que sí, que responde a las mismas consignas generales de aquella primera generación de pensadores autóctonos, por más diferencias políticas que tengan respecto de los fines universales que persiguen los unos o el otro<sup>11</sup>.

## 5. Anarquismo esteticista

Aparte del culto al carácter individual y aparte del romanticismo social, hay otro rasgo del anarquismo de González Pacheco que se asocia tanto al romanticismo clásico como al modernismo anti-positivista de principios del siglo XX: su esteticismo. (Terán, 2008: 159) Aclaremos que aquí nos referimos al esteticismo entendido en un sentido amplio, como la tendencia a hacer de todo ideal político o moral un ideal estético; en el caso de Pacheco, ese ideal será el anarquismo, obviamente. Y el esteticismo que le atribuimos puede apreciarse en dos niveles: en lo que dice y en cómo dice lo que dice.

El primer nivel (lo que dice, no sólo del genio, del mártir o del héroe, sino de la belleza moral en general) es tema familiar tanto al romanticismo historicista como al modernismo literario:

"Un hombre es una faceta de la montaña. Una línea de la estatua de la vida; una letra del poema de los siglos. Debemos tratarlo, entonces, con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia".

[---]

"De hombre a hombre, pues, camarada, realiza tu propaganda. Y trata a tu propaganda como un tema de arte o justicia. Verás, si así te dispones, cómo tu esfuerzo descubre, enfile y planta de pie, letras y líneas y estrofas del gran poema anarquista: ¡compañeros!" (*De hombre a hombre*)

"La moral de la vida es de una bella impulsión viril. Su memoria no registra contemplativos e inertes. Más fácil es que recuerde a un impuro hombre de acción, criminal o loco, que a un sensiblero de esos, a un vacilante de esos que no se mueven por no pisar los insectos" (*En marcha*)

" el Arte, como cualquier folleto de propaganda rebelde, es un arma contra su prepotencia y su latrocinio [del burgués]. Y si no lo sabe,

11- Conviene aclarar que esta suerte de "anarquismo criollo" de González Pacheco nada tiene que ver con lo que en Argentina se llamó, a partir más o menos de 1955 o 1956, izquierda nacional, que no fue más que un nacionalismo de izquierda, cuando no mero populismo nacionalista derivado del peronismo, que Pacheco combatió. Sobre el régimen peronista y sus opositores, González Pacheco escribió: "Bien está ésta [la resistencia] en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre los políticos. No es pegarlos en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de nacas; de ancas de bueyes" (*La oposición*).



lo ve volar por sobre su cabeza, cerniendo posibilidades de una vida más bellas que la suya, más justa que la que él sofoca y gobierna. [ ] “El Arte es el pan del alma, el sueño sin el cual no hay vida humilde que aliente. Nace del desinterés y sólo pueden gozarlo los desinteresados” (*¡Abajo el burgués!*)

“El mal, que es lo feo, crece en la sombra, como crecen, en la ignorancia, el prejuicio y el miedo. El bien, que es lo bello, es la herramienta que echa abajo la costra bestial, tornea el hierro agudo, hace sonreír las piedras” (*Alas*)

“Hablar es darse a los otros en una suprema ley de traslaciones. [ ] Entregarnos en el habla lo mismo que en obras de arte; cada vez más terminados, más propios e íntimos” (*Palabras vivas*)

Como se ve, esta faceta esteticista romántica de G. Pacheco poco tiene que ver con el esteticismo modernista de fines del siglo XIX y principios del XX que postulaba un arte por sí mismo, puro y valioso en sus propias formas. No. Este esteticismo no postula tal cosa sino todo lo contrario: la identificación de la belleza artística con la belleza del ideal libertario y de la vida consagrada a ese ideal: “Seguramente, más arte ha escrito D’Annunzio que Malatesta; pero quien sepa mirar y mirar bien, con mirada derecha y varonil, verá que nuestro viejo es más bello que todo mármol y todo poema” (*Alas*). La misma idea de este esteticismo del carácter y socialmente comprometido puede encontrarse en su conferencia sobre el *Teatro* y en una serie de carteles donde se critica a artistas e intelectuales alejados de esa consigna (*El individuo en el arte; Los poetas; El poeta Urbina; Zozaya; Pájaros puercos; Macana vasca; Posición; Una desvergüenza de Máximo Gorki; etc.*).

En cuanto al segundo nivel del esteticismo de G. Pacheco (o sea, el modo en que dice lo que dice), sí podemos reconocer que está más cerca del esteticismo modernista propio de su tiempo. Aún a riesgo de ser demasiado simplificadores, podríamos resumirlo diciendo que consiste en la creencia casi exclusiva de la fuerza persuasiva de los efectos retóricos bellos, de las figuras poéticas como la alegoría, la analogía, la metáfora, la hipérbole, la sinécdoque, la metonimia y de toda imagen poética en general, en remplazo de argumentos racionales o datos concretos verificables. Respecto de esto no creemos que valga la pena introducir nuevas citas de nuestro autor a modo de ejemplo. Pensamos que con todas las efectuadas a lo largo de este trabajo alcanza y sobra. Sólo queremos acotar que este estilo esteticista, que era un clima compartido por muchos escritores de principios del siglo XX argentino, lo asemeja en alguna medida a su odiado y opuesto rival político, el nacionalista Leopoldo Lugones.

En efecto, en *El payador*, de 1912, Lugones, con un estilo totalmente esteticista, no propiamente argumentativo, sienta la tesis de que el *Martín Fierro* (1871), del estanciero José Hernández, no sólo es el libro fundacional de la nacionalidad, sino también que el gaucho es el arquetipo argentino, y que la figura de Martín Fierro lo expresa, a la par con el general Mitre (Lugones, 1972). Lo más sorprendente de esta tesis no es la asimilación de Mitre con el gaucho; más sorprendente es quizá que González Pacheco tome la primera parte de esa idea y la radicalice como símbolo de la causa anarquista. Así escribe en uno de sus carteles:

“Y él triunfó [Sarmiento y su llamada “civilización”]. Pero conviene advertir que habría ocurrido tal cual si hubiese triunfado Rosas. Para el caso, y apartando las palabras democracia y feudalismo, el programa y la consigna de los dos eran sólo uno: acorralar al gauchaje,



cortarle el paso y las alas: alambrar, alambrar, alambrar. [ ] José Hernández, legislador y hacendado, jugó en esa historia cruel el mismo papel que, en su libro, el sargento Cruz. Con “la lata en la cintura”, se echó al medio a defender a un matrero. Fue el criollo que “no consiente que se cometa el delito de matar así a un valiente”. Y ese gesto le valió vivir también matreando” (*Martín Fierro*).

Es raro que Pacheco, siendo anarquista, vea en el “hacendado y legislador” Hernández la encarnación del sargento Cruz antes que un estanciero que se lamenta, encubierto tras su famoso poema gauchesco, de la pérdida de mano de obra barata por el reclutamiento forzoso de los gauchos para enviarlos a la frontera. En todo caso, el ejemplo muestra la sugestión persuasiva que este tipo de esteticismo retórico tenía en la época. A modo de digresión, digamos que, en realidad, el *Martín Fierro* de Hernández pinta todo lo opuesto a lo que G. Pacheco quiere ver dejándose llevar por su esteticismo, ya no como escritor, sino como lector. Los versos de Hernández pintan una suerte de utopía feudal pasada, ya ida, que no es otra cosa que la visión decadentista del patrón bueno y paternalista: un ideal político que veremos resurgir con el nacionalismo populista del siglo XX, con su apotegma de “de casa al trabajo y del trabajo a casa” y su slogan de conciliación de capital y trabajo (II, 23, 28, 32, 34, 35, 37 y 38).<sup>12</sup> Incluso Hernández adelanta otra idea del populismo nacionalista argentino posterior: la idea de “alpargatas sí, libros no” (IX, 256). Es cierto que Fierro es un gaucho que termina rebelándose contra la autoridad y anhelando una libertad que irá a buscar entre los indios. Pero no es menos cierto que Fierro quiere ser respetuoso de la autoridad, es racista (respecto de los indios, los negros y los extranjeros) y es profundamente religioso (III, 80, 81, 102; IV, 128; VII, 199, 214). El gringo inmigrante es vilipendiado sistemáticamente (V, 142-144, 146, 148-155), y la rebeldía contra la autoridad es sólo “hasta que venga un criollo a esta tierra a mandar”. Es decir: tras el personaje *aparentemente* libertario subyacen los prejuicios ideológicos del autor del poema: para el gaucho Martín Fierro (que no es otra voz que la del estanciero federal Hernández), matar a un indio es “obra santa”, hay que obedecer a la autoridad siempre que no nos perjudique personalmente y sea criolla, los gringos son brutos, torpes, amarretes, cobardes, ladrones y maricas, y los negros son obra del diablo. Es imposible hallar algo de libertario en esos versos. Pero González Pacheco no ve o no quiere ver nada de esto; su esteticismo no se lo permite y, extrañamente, va a parar a la misma ideologización del poema hernandiano que su odiado y opuesto Lugones. Sólo que la lectura del nacionalista es más coherente con su ideología sectaria y autoritaria que la que hace el anarquista con la suya, internacionalista y libertaria.

## 6. Anarquismo vitalista

Bueno, ahora volvamos al tema que habíamos dejado pendiente: el del vitalismo en la obra de González Pacheco (Terán, 2008: 157). Por vitalismo entendemos tanto toda forma de pensamiento que afirma la imposibilidad de conceptualizar teóricamente la vida —de la que sólo podría hablarse a través de metáforas como “corriente”, “fuente”, “desborde”, “cauce”, etc.— como toda actitud existencial apoyada en esa premisa y que afirma el poder creador de la voluntad, de la vida y de la libertad. En los carteles de G. Pacheco, esa clase de metáforas son harto frecuentes, como puede constatarse

12- Estas citas y las que siguen del extenso poema de José Hernández, están tomadas de la edición del *Martín Fierro*, Ediciones Argentinas SRL, Buenos Aires 1976. El número romano corresponde al canto, y los números arábigos que le siguen corresponden a las estrofas de cada canto.



en *El torrente*, *Corazonadas nuestras*, *El pensamiento anarquista*, *Arroyitos*, etc. Pero, como ejemplo, bastarán seguramente aquí las siguientes líneas tomadas de *Círculos o espirales*:

“Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista”.

Es sabido que el vitalismo, constituyó una reacción contra el positivismo, el utilitarismo y el materialismo filosóficos que le precedieron —que en Argentina estaban asociados a la polémica generación del “80—. En el campo filosófico, el vitalismo se nutrió principalmente de la obra de dos pensadores muy influyentes a principios del siglo XX: Henry Bergson y Friedrich Nietzsche.

El nombre de Bergson (quien no era anarquista) no aparece en ningún lugar en los carteles ni en las conferencias de González Pacheco, y no sabemos si lo leyó o tuvo conocimiento indirecto de él. Pero al menos se nota, sí, en sus escritos, tal vez debido al clima de época influido por el filósofo francés, algunos términos muy característicos de su jerga técnica, como son las ideas de la fuerza “creadora” del instinto, de la voluntad, de la vida, de la libertad:<sup>13</sup>

“nos han raleado las plantas, nos han deshojado el tronco de muchos retoños verdes y han hecho de los mejores, más buenos y más conscientes, montones de huesos secos. Pero el sentido de Ideal, la voluntad creadora, nuestro destino anarquista, sigue aquí, y aquí se queda como clavado en el suelo, cuando no volando al aire en nuestras ideas” (*Los leñateros*)

“Hay que amar la anarquía por lo que crea y afirma como alegría y coraje; no por lo que roe como ácido o borra como gotera de lluvia mansa” (*De la anarquía*)

“No hubo hasta ahora doctrina que albergara más rebeldes y más santos, más hombres de acción y ensueño, superadores de ciencias y artes. En cada anarquista vibra un pensamiento creador, una cuerda de arco tensa que envía flechas al futuro. Las flechas son las ideas. A veces son las cabezas también, voladas de entre los hombros como flores guadañadas bajo el sol [ ]

¡Juventud, juventud, juventud! Nosotros, los anarquistas, somos la claridad de la Tierra; poseemos el divino arte de crearnos nuevos, de nuevo. Nuestras ideas son, más que deducción de libros, vibraciones de la carne eterna, insomniable, inmortal: palabras vivas, de vida” (*Nosotros, lo anarquista*)

“Porque vivir, lo que se llama vivir, no es encontrar soluciones, sino producir o crear, sin solución de continuidad tampoco” (*Barcelona*)

Y en *Un ladronazo*, este vitalismo “creador” queda bien evidente. Según G. Pacheco, calificar o adjetivar es siempre fácil, “[l]o difícil es que esa suerte de pinzas o de membretes, con que calificamos o adjetivamos, capten o expresen realidades o raíces; algo más que costras o que apariencias. Si queréis valorar a un escritor, observad en qué apoya lo que plantea o lo que gira: cuan-

13- Se recomienda revisar la influyente obra de Henri Bergson. Por ejemplo: Bergson, H. (1985). *La evolución creadora* (1907). Barcelona: Planeta-Agostini.



to más vacío y más falso, más calificaciones y más adjetivos. Se apuntala en eso para no caerse . “El ideal “nos dice Pacheco- sería expedirse por cosas y hechos. Escribir de adentro afuera, con los jugos o la sangre de las vidas que queremos revelar, a través de nuestra sangre o nuestros jugos. El que eso logra gana sentido y conciencia; es como el padre o la madre del bellaco o del santo que revela: ni le asustan ni le admiran” porque “son un poco sus entrañas”. “Respetar más y adjetivar menos porque “es crear”. Pero “la mayoría de los que escriben “perdón: de los que escribimos- lo hacemos para agregar pintura de nuestros tarros, convencional siempre, a lo que se nos ofrece esencialmente pintado. Somos adjetivadores. Es más fácil que crear”.

También en su conferencia sobre el *Teatro*, Pacheco ostenta su vitalismo cuando explica que en la vida como en el arte lo importante no es tal técnica ni tal filosofía “Eso es lo formal. Más abajo o por encima está lo esencial e imponderable”.

En cuanto a Nietzsche, su presencia en los carteles de González Pacheco es indudable, no sólo porque aparece mencionado expresamente en varias ocasiones, sino porque algunas frases de González Pacheco no dejan margen de duda respecto de su influencia, a pesar de que sean puestas al servicio de una perspectiva revolucionaria e igualitaria que hubiera resultado ajena al pensador alemán.

Las menciones expresas a Nietzsche se encuentran en *Palabras vivas* (“Palabras vivas pedimos. Esas que fueron amadas de Sócrates y de Nietzsche”), en *Cursilerías* (“Tanto la ignorancia propia como la injusticia ajena y la incompreensión general de nuestros actos e ideas son limitaciones a nuestra personalidad. Pero la peor de todas es la cursilería. De aquéllas, como dice Nietzsche, uno siempre puede sobreponerse o resurgir; pero de la cursilería hace de nuestra vida una nada, siguiendo o imitando la vida de otros”) y en *El individuo en el arte*, donde critica a Giménez Igualada por tener una concepción del artista como un privilegiado por encima de la chusma, nunca oveja ni perro. Por el contrario, según González Pacheco, el artista siempre surge del dolor y la desventura y por eso el pueblo lo respeta, y pone a Nietzsche de ejemplo. Agrega que Igualada confunde la “personalidad” (que es destacarse por el personal esfuerzo sin oprimir y honrando a todos) con el “individualismo” (que es sentirse el centro del mundo); y concluye: “Cuanto nos nutre y nos cubre, ¿quién nos lo dio sino ella [la “chusma”]? Y ahora, todavía, nos da su sangre ¿Qué superhombre dio más?”. Es decir, para G. Pacheco, o bien la chusma es el súper-hombre, o bien es más súper que el súper-hombre. Y en el cartel *Teatro*, Nietzsche aparece una vez más. Ahí se nos dice que el hombre reclama siempre conceptos y adjetivos, o sea, que la vida se le entregue “caratulada e inerte”:

“Pero ahí acaba el discurso, porque más debajo de eso no hay ni siquiera palabras que expliquen lo sustancial, que sería: ¿por qué pensamos? Ahí está el denso misterio en que se incuban, sin ruido y sin nombre, todos los gérmenes. Está lo que no sabemos: nuestra ignorancia dormida, según Nietzsche, sobre la espalda de un tigre: según Tolstoi, sobre el regazo de un ángel”

Más allá de estas menciones explícitas, hay en los carteles algunas frases que evocan claramente a Nietzsche, pero sin mencionar su nombre. Por ejemplo, en *Libertad*, G. Pacheco escribe respecto de cualquier herida que “si no nos mata, nos hace más fuertes”, frase que es prácticamente idéntica a la que Nietzsche popularizó en *El crepúsculo de los ídolos* (1888) y en *Ecce Homo* (1888).<sup>14</sup> Y en *Dos cartas*, escribe que “se vive en tanto se está dispuesto a perderlo todo”, que



parece evocar la enseñanza del *Zaratustra* (1882) de vivir peligrosamente (Nietzsche, 1983: 35). Pero las siguientes, tomadas más o menos al azar, creemos que también poseen claras resonancias nietzscheanas:

“el egoísmo no existe para los fuertes, los plenos, los verdaderos. Ninguna planta retiene para sí, avaramente, sus frutos” (*¡A pulso, a puños!*)

“No acaba de comprenderse al anarquista. Y bueno. Él se comprende y le basta. Sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que lo maltratan, le calumnian o le niegan, ni se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre. ¡Meta y meta!” (*¡Meta y meta!*)<sup>15</sup>

“El anarquista es un hombre de pelea, y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste: lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida” (*¡Anarquistas!*)

“Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida.” (*Luisa Lallana*)

“Se gane o se pierda a este juego, lo terrible es no jugarlo” (*La libertad*)

“Pues este asunto de crear es de instinto y de coraje. Sabiduría de sentir que la creación empieza más allá de todo límite social y estético. Y que ahí debe captarse y ponerse en movimiento a más allá todavía” (*Madres españolas*)

“Derrotas pide el fuerte, no victorias” (*Los triunfadores*)

En fin, no es necesario seguir acumulando citas. Es más: el rechazo a toda pretensión de constituir un sistema y hasta el estilo aforístico y alegórico de González Pacheco recuerda al de Nietzsche. Por lo demás, no es nada estrambótico de su parte hacer una lectura anarquista del filósofo alemán. Nietzsche era una lectura recurrente en los círculos anarquistas de principios del siglo XX y había proclamado en su *Zaratustra* que el Estado era un monstruo frío, el más frío de todos los monstruos, aniquilador de pueblos (Nietzsche, 1983: 66-69).

Pero hay otra idea nietzscheana “idea que puede parecer del todo ajena a la tradición anarquista- que nos parece, sin embargo, subyacente en la concepción que Pacheco tiene del anarquismo, la anarquía y la revolución. Y si no le subyace siempre, al menos sí lo hace por momentos. Nos referimos a la noción de “eterno retorno” (Nietzsche, 1983: 179-261).<sup>16</sup> No nos interesa aquí cuál sería la interpretación de esa famosa y polémica noción nietzscheana, ni mucho menos si es correcta la aplicación que de ella parece hacer, consciente o inconscientemente González Pacheco. Simple-

*ídolos*, Madrid: Alanza Editorial. p34. “[El hombre saludable] adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de sus contradicciones; lo que no le mata le hace más fuerte”. Nietzsche, F. (1996). *Ecce homo*. Buenos Aires: Alanza Editorial. p24.

15- Esta idea parece incluso tomada del diálogo entre Pirrón y El Viejo, de *El viajero y su sombra* (1879), pero también es clara nuevamente la referencia al *Crepúsculo de los ídolos*: “Fórmula de mi felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta”, Cf. Nietzsche, F. (2010). *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alanza Editorial. p. 41

16- La doctrina del eterno retorno es predicada por Zaratustra en la tercera parte del libro.



mente queremos sugerir que algunos de sus carteles parecen evocar en cierto sentido esa idea de eterno retorno. Así, por ejemplo, en un cartel que se titula, precisamente, *Retorno*:

“Sucede con las ideas, las nuestras, las anarquistas, que no siempre tienen la virtud de alzada, de gallarda arremetida que deseáramos. Siempre fue así, sin embargo. La siembra de las ideas no puede eludir la ley que rige la vida. Y ley es que todo esfuerzo, llegado a su plenitud, recese, retorne a su antigua fuente, para otro esfuerzo. Y para otro. Pues la moral labradora no nos la dan las cosechas perecederas, sino la tierra, la Eterna...todo lo grande recesa. Todo lo grande retorna. Y estas ideas, las nuestras, son grandes entre las grandes”.  
Suceda lo que suceda”

En *El torrente*, hablando de la revolución rusa, la idea del retorno de lo mismo vuelve a aparecer. Todo torrente, nos dice Pacheco, refluye siempre y las cosas vuelven a quedar como antes; una minoría burguesa frente a otra minoría rebelde: “Siempre ha sido así” y “cada cual [debe] volver a su obra en silencio”: unos a levantar nuevas murallas, y otros a prepararse para el próximo ataque.

Y en *Hoy*, escrito contra la idea de evolución lineal, escribe:

“Muchachos: no hipotequéis vuestra libertad al tiempo. Trabajad para la vida. No es mañana ni pasado mañana cuando debéis rebelaros. ¡Es hoy! ¡Es ahora!

Este postulado de que la anarquía está siempre presente, que siempre resurge por más que la persigan, está también en el ya citado *¡Aquí estoy!* En *Llegar* se nos dice que llegar es una mentira; que nunca se llega a ninguna parte; que llegar es partir, o recién empezar de nuevo, y que “[a]l bien, lo justo y lo bello que se aspira, que se sueña, que se quiere, ¡ay! A eso no se llega nunca. Eso está arriba o adentro nuestro, pero no como remanso o cumbre, sino como látigo o espuela”. En *Cine argentino*, tras afirmar que vivimos tiempos en que hay que ser beligerante de “lo que más se ame o sueñe; así sea lo más loco”, aclara que eso “no quiere decir que así obtendremos el triunfo”, y que habla “[c]omo hombre a quien no interesan los frutos de ahora. Porque sabe que hoy, aquí y sobre la entera tierra, la vida está en las semillas”. En *Aquí habrá revolución*, compara a la revolución con el ave Fénix, que siempre resurge de sus cenizas. Y en *Luisa Lallana*, más explícitamente aún que en *Retorno*, escribe:

“¿Qué nos dicen?... ¿Que a las estrellas las apaga el día, que la luz es un punto y la sombra el espacio, y que el invierno arrasa las galas de los jardines?... ¿Quiéren decirnos con eso que las revueltas del pueblo son siempre, al final, vencidas?... Pero si se rehace y vuelve, no hay vencimiento, señores, sino al revés: la afirmación victoriosa de un gran destino. Su receso, su derrota, su ostracismo es el repliegue de la sangre al corazón, el aplomarse del árbol en sus raíces, el beber y el aspirar, en el silencio y la sombra, de esa savia, de ese humus, de esa fuerza de la vida a la que, por darle un nombre, nosotros denominamos Anarquía. Y cuando de ella se llena, sea primavera u otoño, sobre un surco de la pampa o sobre una calle adoquinada, canta o estalla, gloriosamente entusiasta”.





Es decir, González Pacheco parece concebir al anarquismo (que en él es lo mismo que decir “la revolución”) como una lucha eterna, siempre resurgente, aunque nunca victoriosa. En estos términos, la Anarquía como ideal no puede ser más que una utopía eternamente movilizadora, y por eso mismo “realista”, pero no realizable. Así lo dice en *El señor del mundo* (“Hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía: todo lo demás conduce a desalentar y desalentarnos”), y así también lo da a entender en *Durruti*:

“El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niega o le oprime. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico; un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica”.

Todo fluye y refluye; todo fruto vuelve a ser semilla y toda semilla, fruto; la circularidad es eterna; todo retorna siempre igual, tanto la opresión como la rebeldía. La Anarquía se vuelve así una mera fe del individuo de carácter libre, esto es, del anarquista, que como Sísifo asume una tarea siempre la misma y sin fin.

Claro que esa visión cíclica y trágica parece contradicha por otros pasajes de sus carteles.<sup>17</sup> Por ejemplo:

“¿Quién duda del porvenir?... ¿Quién, en el umbral de la aurora, piensa en la noche? [ ] ¡Salud, oh, tiempos, en que esta siembra de amor de los anarquistas dará pan de libertad a los futuros hombres!” (*¡Salud, oh, tiempos!*)

“La hora es de acción y crimen, sí. Pero las horas sociales no valen por los horrores que marcan sino por los derroteros al destino que abren” (*Gualeguaychú*)

“¡Ah, mundo nuevo, idea nueva, nueva estrella que hemos prendido en la conciencia del hombre, los anarquistas. ¡Qué desgraciados, qué ciegos sois los que no la veis brillar todavía!” (*Los compañeros*)

Estas contradicciones o tensiones entre fatalismo y voluntad, entre circularidad y novedad, entre determinismo y libertad, son conscientes en algunos carteles:

“ está escrito que caeréis. Siempre caísteis.  
Y así fue, y no de otro modo. Pero igualmente está escrito que os guardéis de morir estando vivos. Si todo es fatalidad, también es fatal ser hombre. Fatalismo a fatalismo, vencerá el de mayor fuerza. ¡Haceos fuertes!” (*El hombre fuerte*)  
“Deterministas a medias, fiamos en la voluntad sobre todo” (conferencia sobre *Anarquismo*)

17- Lo trágico de estas posturas es consciente en el autor. Por ejemplo, cuando dice: “Hay que apurar la tragedia hasta sus últimas consecuencias. Pero hay que alumbrarla con un ideal libertario, de claridad meridiana, santo y alto, universal y profundo: ¡con el comunismo anárquico!” (*Gualeguaychú*). O cuando dice: “La condición humana es la feroz az en que estamos todos, unos hacia otros. Sólo la acción nos une, nos alivia de vivir, posterga el tremendo interrogante. Pero ésta es otra tragedia” (*La condición humana*).



Pero tal vez sea en *Nidos de bombas* donde se hace más patente esa tensión entre la fatalidad de lo siempre cíclico y la voluntad de quebrarlo con lo nuevo:

“No hay novedad en el mundo. Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismo. Cualquiera de ellos que se asomara a la Tierra, no podría menos que volverse bostezando: -¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...

Y así es en la superficie. Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?...Remontes hacia el impíreo, descensos a los infiernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿Qué? ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?

[...]

No hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta, y Espartaco, el de la acción, medita. Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?... ¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¿No, pues; no! Halláis un nido de bombas.

¿Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?... Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!

¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay, novedades en la Tierra?... ¿Asomad a ver esto!”

Estas mismas tensiones o contradicciones también podrían rastrearse en Nietzsche, quien previendo posibles objetores hubiera respondido que no le importaban, siempre que estuvieran al servicio de la vida. González Pacheco respondería algo parecido:

“Odios, críticas y disensiones externas, son nada; menos que nada también; son efectos. Qué va uno a hacer caso de ellos Paciencia, paciencia y meta!...” (*Paciencia y meta*)

## 7. Anarquismo anti-intelectualista

Desde ese vitalismo nietzscheano no puede sorprender que Pacheco vea en la cultura un obstáculo para las fuerzas vitales creadoras. El anarquismo resulta así, en su concepción, una rebeldía contra la cultura, un anarquismo acentuadamente anti-intelectualista e incluso irracionalista. Incluso lo burgués, antes que en términos económicos, es entendido prácticamente en un sentido tan amplio



que queda identificado con la razón y la cultura en general.<sup>18</sup> Para Pacheco, si hay (o puede haber) una cultura no burguesa, ello sólo podrá acontecer en un mañana indefinido:

“Son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida, que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo. [ ] No precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos. Lo difícil es lo otro: ponerle [al hombre] fe de combate en las entrañas, audacia bajo el cráneo y canciones de victoria en la boca. [ ] Es claro que nada, absolutamente, justifica nuestro ideal de igualdad, pongo por caso. Todo es burgués, privilegiado, y lo niega hoy. Todo nos niega, según los libros que leen los que tanto saben. Pero es que ellos leen tan solo letras burguesas, con ojos aburguesados y táticos. Por eso Otros libros y otros ojos se precisan para leer anarquismo. Y otros valores también, más altos que esos con que nos aburren, hasta rendirnos los eruditos. El valor de la igualdad, pongo por caso, que no lo posee ninguno de cuantos por ahí lo niegan” (*La igualdad pongo por caso...*)

“El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies encharolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste” (*¡Anarquistas!*)

“El pueblo es cosa más grande y más profunda que las más hondas y abarcadoras reflexiones de los sabios. Hay más estrellas en él que las que se ven con los telescopios, más misterios que los que pueden desvelar los poetas; más audacias libertarias que en todos los apóstoles futuristas. Hay en él lo que en nosotros: ¡el entusiasmo de la vida!” (*Luisa Lallana*)

Las citas también aquí podrían ser más numerosas (*Dolores, Intelectuales puros*, etc). Pero su anti-intelectualismo queda más claro que en ninguna otra parte en su conferencia sobre *El sentido de la cultura*. Se trata de una rotunda pieza anti-intelectualista, donde comienza distinguiendo dos maneras opuestas de encarar las cosas políticas, religiosas y sociales: “desde la cá-

18- No deja de ser llamativo que González Pacheco, siendo un intelectual muy a su propio pesar, sobrereactúe su anti-intelectualismo. Pero en realidad la explicación debe buscarse en el resquemor o desprecio que los bohemios provenientes del esteticismo modernista generaban dentro del movimiento anarquista en general, especialmente entre los anarquistas procedentes del campo obrero. Así no informa Suriano: “Una de las vertientes de vinculación intelectual al movimiento libertario provino del esteticismo anti-burgués de un grupo de escritores ligados al modernismo [ ]. Estos lazos generalmente fueron poco duraderos [ ]. Por otra parte, su presencia no era habitualmente bienvenida en el movimiento libertario, siempre desconfiado de las adhesiones fugaces y del protagonismo de los intelectuales: “En ellos no hay más realidad que el gran sombrero, la romántica melena y la corbata Lavalliére. Nada más que exterioridades y exhibicionismo” se sostenía desde un comité de relaciones de los grupos anarquistas, para agregar: “Son anarquistas porque no han podido ser otra cosa, porque siempre les había parecido que serlo no costaría más que decirlo””. Es claro que, como subraya Suriano, González Pacheco fue una excepción a esa militancia fugaz de los intelectuales modernistas que se acercaron al anarquismo ocasionalmente, pues militó activamente hasta su muerte en 1949. Cf. Suriano, J. (2004). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial. p. 133-134.



tedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo”. Admite que hay casos en que es posible que confluyan ambas actitudes en un hombre de sabiduría completa —acaso esté pensando en Kropotkin— pero subraya la excepcionalidad de ello y él mismo se auto-excluye, enrolándose en la segunda categoría. Según su opinión, “[I]a hasta hoy llamada cultura es una mutilación y no un robustecimiento de nuestra naturaleza”. La cultura de las cátedras oficiales u oficiosas no sirve para mover “a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la justicia”, y nunca puede enseñar “más que aquello que conviene al Estado”. “Esperar a hacerse cultos es perder la esperanza”. Lo que espera “el hombre de a tierra”, según G. Pacheco, “no un literato, sino un revolucionario”. En cambio, la llamada cultura siempre lleva al oprimido a la cárcel, en un sentido u otro.

Es natural, entonces, que el anarquismo comunista de Pacheco se presente libre de toda teo-rización:

“Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un *cornio*! Se llega a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social” (*Comunismo*)

“[ ] sólo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestros trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompernos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!” (*El programa*).

“No todo es sociología en el anarquismo. De ser así, no podrían ser anarquistas más que los especializados en ese tema. Y no. Aparte lo que uno sepa y, aun mismo, lo que uno sienta, la anarquía también es una prolongación de ese instinto de igualdad presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo.

En mí es instinto. Independiente de cuanto pueda saber o sentir” (*De la igualdad*)

En *Amigos y compañeros*, dice que, a lo sumo, el intelectual puede ser un artista o científico amigo, de esos que a veces “bajan a nuestros locales a ilustrarnos sobre la revolución, de buena fe”, pero que nunca serán “compañeros nuestros”: ellos ni piensan en pelear y siempre “están aparte y arriba”, no como los que “estamos abajo”. Pero esa supuesta amistad con ciertos intelectuales, es ya descartada rotundamente en la conferencia titulada *Anarquismo*. Ahí se nos dice que el intelectual que se acerca al anarquismo es un “descastado” y un “advenedizo”, que si proviene “de la chusma, trae apetitos y astucia”, pero que si proviene “de la burguesía” trae “escepticismo y terror; no del físico, del cobarde, sino el del equilibrio frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto”. En ambos casos, provenga de donde provenga, el intelectual, aunque se diga “amigo” del anarquismo, se presenta siempre como nefasto:

“¿Quién habla de paz, entonces?... ¿Quién no ve que la tragedia no es la sangre o la barbarie que la Revolución desata o derrama, sino pararse frente a ella, escamotearle el destino y derivarla a futesas de oportunidad o cultura?... ¡Protestamos que puedan ser anarquistas!



No es un canalla descreído ni un adversario de la revolución, tampoco, sino algo peor: un amigo a medias. No la combate en sus fines ni en sus posibilidades para mañana; la discute hoy, negándonos la capacidad a nosotros.

Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de la fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos -¡a tantos!- de la inutilidad de todas nuestras atropelladas”.

## 8. Anarquismo idealista

Cuando hablamos del idealismo de González Pacheco no lo hacemos en ningún sentido que lo vincule a las filosofías idealistas del tipo kantiano ni hegeliano. Nada más Lejos. Simplemente usamos el término en el sentido del idealismo popular que se difundió en toda América Latina a principios del siglo XX y que genéricamente podría llamarse espiritualismo por ser una reacción explícita contra el sensualismo, el utilitarismo y el positivismo dominante en el siglo anterior. También se le llamó arielismo, tomando como referencia al *Ariel* (1900), del autor uruguayo José E. Rodó. En esa misma línea se puede ubicar al viraje que da José Ingenieros en su pensamiento a partir de *El hombre mediocre* (1913), que también tuvo gran influencia en toda Latinoamérica. Tanto *Ariel* como *El hombre mediocre* están dirigidos a la juventud. Los *carteles* de González Pacheco no reúnen todas las características del arielismo, pero sí ostentan algunos de sus rasgos salientes; específicamente: el idealismo (en el sentido popular del término) y el juvenilismo. Claro que estos rasgos aparecen en Pacheco bajo la peculiaridad que le brinda su posicionamiento ideológico anarquista. Acá veremos sólo algunos aspectos de su idealismo; luego, en el párrafo siguiente diremos algo sobre su juvenilismo.

En *¡Salud a la libertad!*, González Pacheco define al ideal como la suma de una idea y un sentimiento. Mientras que el intelectual hace de la idea sólo cultura, sin hacer avanzar la conducta de nadie y divorciando lo psíquico de lo cultural, la superioridad del anarquista sobre aquél radica precisamente en el sentimiento: su idea es “por sobre todo, *ideal*: vida sentimental íntimamente exquisita”. Veamos algunas otras citas:

“Y si el Ideal es un arma, nosotros, los idealistas, hemos de entrar en la vida como en campaña; peleando para adelante. La paz es para mañana. Para pasado mañana” (*La guerra*)

“Los hombres con un ideal somos como pies oscuros que llevarán una estatua resplandeciente al sol, cuesta arriba. ¡Más alto, más lejos siempre!” (*Jornadas*)

“Todo ideal es un encantamiento. No hay vida intensa sino dentro de esa atmósfera bravía o melancólica.

El que tiene un encanto, tiene un secreto. Y éste es quien talla y ahonda su expresión de vena llena y fecunda; de ser, que hasta después de la muerte, estará presente y vivo entre sus compañeros de idealismo. ¡Siempre, siempre!” (*¡Siempre!*)

El etcétera sería larguísimo. Digamos sólo que a lo largo de todos los carteles, el “ideal” es comparado sucesivamente con un arma (*La guerra*), con un encantamiento (*¡Siempre!*), con



fuegos encendidos (*El pensamiento anarquista*), con caminos y sendas (*Caminos*), con herramientas (*Acción directa*), con puntas de montañas que se elevan al cielo (*¡Cumbres, cumbres, compañeros*), con la tierra labrada (*Tierra arada*), con islas que surgen del agua (*En marcha*), con la vida empuñada (*¡A pulso, a puños!*), con triunfos (*Ideas son triunfos*), con cuasi-locura (*Compañero; mi compañero*), con un viajero (Miscelánea *El Viajero*), con un tren que marcha entre los prejuicios (*La docta Córdoba*). Pero de todas las citas posibles, nos interesan las siguientes por el lenguaje de tonalidad religiosa que Pacheco adopta:

“La exaltación es lo actual. Es el deseo de proselitismo sofocado; agua que se derrama del vaso. Siempre una nota de fuerza, un aire vivo, igual que ese que desatan, sobre las letras inertes y el bloque frío, los artistas superiores.

El anarquismo requiere de esos estados de las consciencias ahora. Si ha de invadir los dominios de la vida, necesita sacudirla y exaltarla. Sacudirse y exaltarse. (*El pensamiento anarquista*)

“La anarquía es una marcha. Marcha que hace el anarquista, peleando contra un sistema, que le resiste peleando. Marcha sin paz. Marcha, y no por las alturas, y a la vista de los tontos que vitorean desde el llano; sino abajo y por cañadas que sólo dolor arrastran. Marcha sin gloria. Marcha que no lleva ni a patrón, ni a gobernante, ni a obispo; a nada que explote a nadie. Marcha sin plata. ¡Marcha, sí! Marcha del hombre que sabe hacia dónde marcha” (*En marcha*)

“Lo mejor de los hombres es su coraje y su fe: aquél es manto que arropa a los que tiemblan; ésta es sandalia para los pies llagados” (*A Sacco y Vanzetti, nuestro saludo*)

“¿Qué muerte más gloriosa que morir en el seno del combate, rodeado por el formidable estrépito del proletariado universal peleando?... Sería nacer para ellos. Y para nosotros.” (*¡Hoy en las calles!*)

“Una esperanza se necesita siempre. La predica el fraile, la desper-tamos nosotros. Dios, la justicia.

Como se ve, este vocabulario sugiere que G. Pacheco, a pesar de su ateísmo y anti-clericalismo, concibe al anarquismo en términos religiosos o cuasi-religiosos. Palabras y conceptos como “exaltación”, “marcha” (que evoca la idea de iglesia peregrina en la Tierra), “fe”, “muerte gloriosa” y “resurgimiento” (que evoca la noción de martirio y resurrección). Y la asimilación entre religión y anarquismo es explícita en *Ellas*:

“Pensad que sería de vosotros, católicos o anarquistas, si os borra-ran del oriente a que marcháis tanteando, esos locos de destellos in-efables que os iluminan de vez en cuando la senda. Dios, la justicia. La mano que os tachara eso, os tacharía también a vosotros de la tierra; os rasaría del suelo para aventaros, bestias aullantes, alima-ñas asustadas, otra vez a la caverna, al pantano, a la roca originaria”

También en *Revolución social*, se habla de “rezo” por la revolución redentora que habrá de llegar. Y en *Nidos de bombas* es evidente el símil entre la “buena nueva cristiana” con buena la nueva anarquista que vendría a romper la circularidad del tiempo histórico. Y la idea religiosa de



la “buena nueva” se hace expresa en *Cartas mojadas*. En el mismo sentido, la “esperanza” es para Pacheco lo que define al hombre, lo que siempre queda y nunca muere (*Esperanza*). Incluso, por momentos los carteles de González Pacheco adquieren una fuerte tonalidad panteísta de carácter místico, como en *Tierra arada* y, más terminantemente, en *Madre tierra*. (“Cada vez que salgo al campo, oro, así, así arrodillo mi espíritu y rezo. Claro que, como al poeta de Asunción Silva, tampoco a mí me ha contestado nada hasta ahora la tierra. Ni me preocupa”).

## 9. Anarquismo juvenilista

“La razón es de los jóvenes”, escribe González Pacheco en *Hachas de piedra*. El juvenilismo es otra nota que sus carteles comparten con el arielismo de su tiempo; y como en éste, la juventud se halla siempre asociada a la rebeldía, al desinterés, al coraje, al idealismo y el genio:

“Y si es bella la juventud porque se da y se siembra, más bella es cuando se alza a un ideal de justicia y aparece entre los viejos para imponer sus sueños, edificar sus quimeras. Entonces completa en sí el sentido de la vida, porque une al candor la audacia, a la ternura el empuje. Podrán doblarla o batirla, pero su paso se queda como un rastro de perfumes y de cantos.

¿Qué otra cosa son los genios más que niños grandes, muchachos viejos? Crean en todo lo noble y salvan de un vuelo todo lo feo. Asimilan como las plantas todo y vuelven flores. ¿Y en quién pondremos los ojos si no es en ellos?

Muchachos, muchachos: atropellad al destino, guerread la sombra, daos besos o pegaos por lo que creáis bueno o malo. Haced, intentad hacer a vuestra imagen y semejanza la vida. Eso es ser jóvenes. No temáis soñar de más, ser demasiado locos o audaces. Mirad alrededor, qué triste, estéril, cobarde es todo. Empapadle vuestros alientos, voltead vuestros frescos puños sobre tanta cosa seca: textos, conciencias, costumbres. Sacudid a los que duermen y a los que velan; todos son viejos. Sembrados, sin tasa ni previsión, a voleo. Hay que renovar la tierra esclava y burguesa, con cantos y hechos subversivos y anárquicos, muchachos. ¡Muchachos!” (*Muchachos*)

La vejez, por oposición, es asociada a la aburrida cordura, al nihilismo, al escepticismo, a la prudencia, a la falta de lirismo, a la falsa sabiduría, al cinismo, al desencanto, al pesimismo (*La mueca póstuma*). En este sentido, la vejez no es algo que dependa de la edad biológica: “Y envejecidos son, tengan veinte años o cien, los que tocaron la nada en todo. Son osamentas” (*La mueca póstuma*).

Es natural, entonces, que a la idea de juventud también haya que tomarla tanto en sentido literal, o sea, edad biológica, como en sentido metafórico, o sea, estado anímico independientemente de la edad biológica:

Entonces, lo juvenil en nosotros se reduce a esto: a la firmeza o a la audacia de la acción o el pensamiento. Y si el que piensa o acciona juvenilmente es un joven, mejor todavía: más lindo. Aunque me



golpee o me niegue, a mí, más amargura o dolor, me produce noble envidia: me revuelca, pero sobre mis nostalgias. ¡Ah chiquito! ¡Yo también tuve veinte años!” (*Yo también tuve veinte años*)

Pero, si bien la juventud es valiosa en sí misma para González Pacheco, también se cuida de no anteponerla al anarquismo. Más bien es al revés: la juventud está (o debería estar) para el anarquismo, sino es desperdiciarla o malversarla en “pescar lo que caiga: socialistas, bolcheviques y (¿por qué no?) también católicos”. Si la juventud se aboca a esos “pejecitos” sólo puede servir “al tiburón demagogo y al clasista camaleón” (*Yo también tuve veinte años*). Para Pacheco, la juventud está para la anarquía, que no es cuestión de ninguna edad, sino del Hombre en general:

“Estáis para la anarquía, que es un ideal y un sentido, y no una edad o un enjuague. Estáis para el anarquismo, que debéis hacer más fuerte, más audaz y más rotundo si es que, de verdad, sois jóvenes. ¡Para esto tenéis que estar!” (*Yo también tuve veinte años*)

Entonces, la conjunción perfecta sería el maridaje en cada uno entre el ideal anarquista y la personalidad juvenil, tanto en su sentido literal biológico como en su sentido metafórico anímico. Ejemplo de ese maridaje, en sentido literal, es Radowitzky, “niño héroe y primer novio de la anarquía” (*Radowitzky*); y también lo es aquel otro niño héroe anónimo que, ajeno a toda especulación de estrategia bélica y con la bandera en alto, saltó de la barricada y determinó la victoria en un enfrentamiento en Barcelona (*El héroe*). Ejemplo de ese mismo maridaje, en sentido metafórico, es Tolstoi, “el viejo de corazón infantil”; y también lo son aquellos pocos viejos anarquistas que van quedando, pero que se “emocionan” porque entienden que ha sido “de sus manos” que “nuestra juventud se echó a volar” (*Los viejos nuestros*).

## 10. Anarquismo criollista

En Argentina, el criollismo fue una suerte de movimiento cultural y literario con orígenes en el siglo XIX y que tuvo influencia hasta las primeras décadas del siglo XX. Probablemente tuvo su nacimiento en las novelas gauchescas policiales de Eduardo Gutiérrez, y especialmente en su *Juan Moreira*, que del folletín pasó al circo y adquirió enorme popularidad incluso entre los sectores iletrados. En su famoso estudio sobre el tema, Adolfo Prieto atribuye el criollismo a diversos factores: la atracción que ejercía el mundo gaucho en plena pero rápida desaparición y la angustia que generaba la modernización en marcha; la necesidad de las masas de inmigrantes de integrarse a un sentido de nacionalidad argentina; y el interés de las élites patricias por resaltar su propia legitimidad criolla frente a los elementos extranjeros que traían la protesta social y las ideas internacionalistas (Prieto, 2006). Es obvio que el criollismo de González Pacheco no puede recaer en ninguno de los dos últimos motivos. Acaso, sí, se relacione con el primero; pero, sobre todo, creemos, es un rasgo propio de su personalidad auténticamente criolla, y además es un rasgo de lo que antes hemos denominado su “anarquismo idiosincrásico”. En todo caso, cuando hablamos de su criollismo, sólo queremos significar dos cosas: su reelaboración de la figura del gaucho en términos ideológicos (libertario-anarquistas, en este caso) y su estilo discursivo con giros populares gauchescos. Ambos rasgos lo aproximan a su contemporáneo, también anarquista, Luis Woolands (alias Juan Crusao) y su *Carta gaucha* (1922).<sup>19</sup>

19- El texto de Juan Crusao, “Carta Gaucha”, puede encontrarse en la compilación de folletos anarquistas incluida en el trabajo realizado por el Grupo de Estudio sobre el Anarquismo. Crusao, J. “Carta Gaucha” en Grupo de Estudio sobre el Anarquismo. (2007). *El anarquismo frente al derecho*. Buenos Aires: Libros de Anarres. p. 255 y ss.





Ya nos hemos referido a la lectura (errada, creemos) que hace Pacheco del *Martín Fierro*, y su interpretación (mucho más errada aún, creemos) de la figura de su autor, el “hacendado legislador” José Hernández, como el propio gaucho Cruz del poema. Si se compara, en cambio, la idea del gaucho de Pacheco con la de Woolands, se ve fácilmente que ambas no sólo coinciden entre sí, sino que son diametralmente opuestas a la que trasmite el famoso poema de Hernández.

En efecto, si el gaucho de Hernández es religioso, xenófobo, respetuoso de la autoridad (siempre que ésta sea criolla) y racista, el gaucho de Pacheco y de Woolands es todo lo contrario: en ambos se proclama que en la sociedad actual los gauchos están tan excluidos como los gringos, que gringos y gauchos deben ser hermanos. Y en ambos, se enseña el anti-autoritarismo, el internacionalismo y el ateísmo. Es más, en ambos se ve también cómo el criollo toma consciencia de su situación a partir del contacto con algún gringo. La historia del gringo que trae las ideas anarquistas al paisanaje es tanto el centro del folleto de Woolands como el de la conferencia *Santa Cruz*<sup>20</sup>, donde Pacheco narra en clave autobiográfica su primer contacto con el ideal libertario:

“Yo era, pues, como todos mis copoblanos, feliz y sin ideales, como una bestia, cuando apareció en mi pueblo un hombre. [ ] Llegó aquel hombre y al poco tiempo empezaron a circular de boca en boca sus mentas. Ése era un bárbaro. [ ]

Un raro estremecimiento sacudió a todos. Los matarifes de gentes fueron los primeros en concretar la protesta: -¡Éste es un gringo anarquista; habrá que echarlo!- Y siguieron desollando, carneando, faenando esclavos. Él parecía no darse cuenta de las inquietudes que suscitaba. Se movía como un diablo. Subía a las sierras y bajaba con centenares de picapedreros que echaban al aire cantos como adokines. Iba después a los campos y en las propias pulperías, teatro de juego y pendencia, decía discursos a los paisanos. Volvía al pueblo y frente a la misma iglesia negaba a dios y desafiaba a controversia a los curas. Y todavía escribía en los diarios locales; metía artículos de polémica, clamadores de una libertad que nadie le demandaba, anunciadores de una catástrofe que ninguno presentía.

[...]

De eso hace veinte años, y al poco tiempo de irse él subí yo, por primera vez, a una tribuna. [ ] Pues que mi salto al ideal partió de aquel momento de angustia. Porque yo estaba angustiado. Era una angustia terrible que movía y flagelaba mis veinte años igual que veinte huracanes.

[ ] Pronto van a ser veinte años que yo subí por primera vez a una tribuna. Quiero evocar, en esta hora dolorosa para el proletariado de esta república, la imagen de aquel viajero -¿quién era, de dónde vino, en qué rincón de la tierra descansa o se agita aún?- que suscitó en mí el aliento, que no me dejará más, de libertad y justicia. Ante su recuerdo vibro otra vez, se agolpan mis cuarenta años como cuarenta huracanes sobre mi frente”

20- Esta conferencia iba a pronunciarse en un acto en la provincia de Santa Cruz en virtud de las masacres obreras y campesinas llevadas a cabo por el ejército argentino durante la presidencia de Hipólito Yrigoyen. Como el acto fue prohibido por la policía, el texto fue luego publicado en *La Antorcha* el 17 de enero de 1922.



No debe sorprender, desde esta experiencia vital y determinante, que el criollismo de González Pacheco adquiera la particularidad que le brinda su ideario anarquista, lejos de todo chauvinismo nacionalista o patriótico. En el epígrafe a la colección de carteles titulada *De la querencia*, Pacheco dice que los patriotas vuelven fea y absurda a una cosa que debería ser sencilla, simpática y bella: el amor “al rinconcito donde nacimos y nos hemos criado”. La patria, ese rinconcito, “no es un ideal, ni un descubrimiento ni una esperanza”; es algo más débil de simple: “es la querencia, el barrio o el pago”. Y los patriotas son locos ridículos: “nos quieren compatriotas suyos, cuando apenas somos prójimos o, a los más, vecinos”.

En este interesante intento de esbozar un criollismo anarquista e internacionalista, Pacheco quiere encontrar sugerentes analogías, por ejemplo, cuando asimila un tradicional saludo gaucho, “güena salud y mal instinto”, al tradicional saludo libertario: “Salud y Revolución Social” (*Salud y R.S.*); o también cuando, en España, ve a la Mancha como a la pampa de los españoles, y en Quijote y Sancho, la versión hispánica del gaucho Fierro y el Viejo Vizcacha; al final resulta que su viaje a España no fue más que “una vuelta al pago” (*La Mancha*). También ve en el alma belicosa de los españoles el origen de la consigna gaucha “las armas son necesarias” (*Consigna gaucha*). También los motivos gauchescos son tomados para alegorizar sobre la militancia anarquista, como en *El domador*, o en *El pico blanco*, o en *Los caballos*.

En cuanto al gaucho, cuya imagen ha sido distorsionada por literatos y científicos, según Pacheco, no es verdad que tenga un modo de vida incompatible o contrario al agricultor: “El gaucho es un libertario. El labriego un justiciero. [Pero] Libre no se puede ser más que entre justos. Y al revés,” (*El gaucho*). Es decir, en contra de las elucubraciones pseudocientíficas de los marxistas, el gaucho es un elemento revolucionario, aunque latente, y es el linyera el mensajero que va a despertarlo (Baigorria, 2008).<sup>21</sup> Para Pacheco, el linyera es el bohemio de la ciudad trasladado al campo, el mismo personaje “romancesco y belicoso, de esencia libertaria, que cuando llega logra que “los paisanos vuelvan a sentirse gauchos”:

“Todavía no saben todo, pero ya presienten mucho: que el linyera es un trovador rebelde; algo así como brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; más completo” (*El linyera*)

Y la figura del burgués, que a lo largo de los carteles es caracterizada de muy diversas maneras, también encuentra su caracterización en términos criollistas. El burgués es lo opuesto a Martín Fierro: no “entra en ningún barullo pero entra en todas las listas” (*El burgués*).

Como anarquista argentino, el mismo Pacheco se auto-comprende en varias ocasiones como gaucho. Así, en *Nadie se muere en la víspera*:

“Si sobrevivimos a esto habremos ganado vida, humanidad, realidades. Y si nos matan gauchos somos, que es decir, fatales. Nadie se muere la víspera. ¡A España vamos!”

O cuando evoca la dupla que hacían con su amigo Antilli, ya muerto:

“[ ] el hombre fino, pura idea, y el gaucho bárbaro, pura garra. ¡Abran cancha, maulas!” (*Antilli*)

21- Sobre el papel que jugaron efectivamente los linyeras en la difusión del anarquismo en las masas rurales, puede consultarse el hermoso libro de Osvaldo Baigorria.



O cuando cierra su homenaje al anarquista mexicano Práxedes Guerrero con la arenga: “¡Vamos los gauchos!” (*Guerrero*).

En fin, hay también toda una serie de carteles que no son otra cosa que breves relatos de tono moreirista, casi cuentos, inspirados en hechos reales que bien podrían servir de esbozos de folletines al estilo de los clásicos criollistas de Eduardo Gutiérrez. Ellos son los titulados: *Santos Vega*, *El cuchillo*, *Jesús Moreira*, *Un consejo*, *Taperas*, *Hilacha* y *El tigre*. En todos ellos la anécdota sirve para ilustrar algún concepto anarquista, como la acción directa, o la visión desinteresada de la vida del hombre libre, o el rechazo instintivo del gaucho a la autoridad.

## 11. Conclusión

Hemos dicho que González Pacheco no es lo que podría llamarse un pensador, en el sentido filosófico del término. Sus carteles ni siquiera pretenden reflexionar sobre la anarquía, ni brindar argumentos en su favor, ni aportar nuevos temas a su acervo teórico. Dijimos que, en todo caso, su interés como escritor se dirige más al carácter y a la personalidad anarquista que a las ideas filosóficas que el anarquismo defiende. Y hemos intentado diferenciar analíticamente los rasgos de este carácter anarquista que Pacheco no sólo promovía, sino que también ostentó en su propia vida, como escritor y como revolucionario. Así, hemos descompuesto ese tipo de carácter, que Pacheco parece elevar a modelo de la personalidad libertaria, en diversos aspectos o elementos que, no obstante, su diferenciación analítica, se encuentran entrelazados: romanticismo social, esteticismo, vitalismo, idealismo, anti-intelectualismo, juvenilismo y criollismo. No pretendemos agotar en estas categorías todos los rasgos que el anarquismo de Pacheco pueda tener; pero sí mostrar que todas ellas son cuestiones de estilo y de forma; a lo sumo, de proselitismo. Y ahí radica toda su originalidad.

En cuanto a las ideas de fondo, no hay mucho que decir. Para Pacheco, la idea anarquista es simple y no se requiere mucho para comprenderla. No niega que el anarquismo tenga una doctrina ni una filosofía; simplemente parece creer que esa doctrina y esa filosofía son un asunto ya terminado y redondeado, sin mayor lugar para discusiones, correcciones, evoluciones o enriquecimientos teóricos:

“¡Tenemos filosofía! ¡No hay que hacer filosofía! Como en política, la asociación de los hombres primitivos obedeció a un principio de defensa, en moral obedeció a una inclinación de sus espíritus. Y toda, toda la lucha del anarquista, desde que surgió a rugir y conspirar en la tierra hasta hoy, no ha tenido otro objeto que probar eso, frente a los que eso niegan y en la negación amparan la desigualdad, el crimen y el robo: que hay una ciencia inmanente de la vida, férvida y militante, que tiende en cada ser a mayor bien propio y a menor sacrificio del prójimo. Y que tanto como está ese sentido de la justicia desarrollado en nosotros, somos filósofos, tenemos una filosofía” (*Kropotkin*)

“Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y éstos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados”. (*Acción directa*)



Es decir: el anarquismo sería un movimiento de “filósofos” que buscan demostrar con su propia militancia libertaria que el ideal de justicia que ellos mismos encarnan y defienden obedece a una ciencia inmanente de la vida:

“Qué nuestro “grano de arena” refulga como un lucro en la tierra.  
Que cada luz que nos brote, sea una albricia, antes que para ninguno,  
para nosotros. He ahí la filosofía. ¡Vida vivida!” (*Vivir su vida*)  
“no es política lo que hacen los anarquistas, sino filosofía” (*Fragmentos*)

Así, parece que anarquismo, carácter anarquista, militancia anarquista, filosofía anarquista y vida consagrada plenamente a la anarquía, es toda una y la misma cosa. Por interesante que pueda ser este planteo sumamente reduccionista cuando nos dejamos llevar por la fuerza del discurso esteticista, romántico, vitalista y anti-intelectualista de Pacheco, creemos sin embargo que nos lleva -a nosotros, a los mismos anarquistas- a una gran confusión de cosas distintas. Pero no es éste el lugar para hacerle una crítica detallada. Sólo quisimos presentar los rasgos generales que animan su ferviente prosa libertaria y, también, como dijimos, que animó su propia vida. Si hay una imagen, de entre todos los carteles que escribió, que pinta en conjunto su carácter romántico, esteticista, vitalista, anti-intelectualista, juvenilista y criollista, es el siguiente:

“He aquí una imagen campera, cuya evocación me gusta: la del gaucho domador. Como él le cierra las piernas a un potro chúcaro, así ha de cerrar el hombre, siempre sobre algo arisco, los broches de su vida. Como nacer y crecer; eso es preciso.  
Luchar, no intimidarse, y vencer. Que lo que en la mano tengas “idea o revolución-, lo apriete tu voluntad como pinza de cangrejo. Que te corten la muñeca, te cercenen la cabeza y te rebanen todo, pero no largues. Eso es ser fuerte.  
Luchar, no intimidarse, y vencer. Como el gaucho domador. En esta imagen campera de una vida alta y alerta, desperezada y fortacha, hay toda una filosofía de afirmación que me gusta” (*El domador*)

Casi al comienzo de nuestro ensayo, en el punto 2, cuando hablamos de su “anarquismo del carácter”, vimos que era en la forma y en el estilo enfático y encendido de sus escritos que había que buscar lo que de peculiar como anarquista podía tener González Pacheco. Y quisimos sembrar la sospecha sobre una tensión latente entre su pensamiento y su personalidad: él dice reiteradamente que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero como lectores nos preguntábamos si lo que hace Pacheco no es anteponer recurrentemente el desarrollo y la expresión de su peculiar personalidad romántica y vitalista a todo ideal social anarquista y revolucionario. En otras palabras: ¿detrás de toda su sinceramente declarada subordinación al ideal anarquista no se hallará el tipo de “egoísta involuntario” del que habla Max Stirner?<sup>22</sup>

22- “Lo sagrado sólo existe para el egoísta que no se reconoce a sí mismo, el *egoísta involuntario*, para él, que siempre se ocupará de lo suyo y, sin embargo, no se tiene por el ser supremo, que sólo se sirve a sí mismo y al mismo tiempo cree servir a un ser superior que no conoce nada superior a él y, no obstante, se entusiasma con lo elevado, en suma, sólo existe para el egoísta que no quisiera ser egoísta, y se humilla, esto es, lucha contra su egoísmo y, sin embargo, sólo se humilla “para elevarse”, es decir, para satisfacer su egoísmo. Como quiere dejar de ser egoísta, busca por todo el cielo y la tierra seres elevados a los que servir y por los que sacrificarse; pero por más que se esfuerza y martiriza todo lo hace por amor a sí mismo, y el desacreditado egoísmo no se separa de él. Por eso le



En ¡Bohemio! ¡Bohemio siempre!, González Pacheco se pinta a sí mismo de la siguiente manera:

“Canto a la bohemia, entonces. A las melenas frondosas, las voladoras corbatas y los aludos sombreros. Tres atributos bohemios que hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a muerte a la burguesía.

Le canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista. Me canto a mí, bohemio siempre. A esta altiva facha mía, desgajada y polvorienta como un árbol del arroyo, efugio de pájaros y pilletes. Ser bohemio quiere decir estar solo contra todos. Haber quemado las naves que iban a anclar en el puerto de la fortuna o la gloria. Echarse a la mar braceando, sin tablas y sin objeto. Reír, pensar y batirse porque sí: por no ser triste, bruto o cobarde. ¡Por la sola vida, vaya!”

Esta es la misma imagen del intelectual bohemio que se acercaba por moda a los círculos anarquistas, y de los cuales los anarquistas provenientes del ámbito obrero desconfiaban.<sup>23</sup> Sin embargo, más allá de nuestras diferencias acerca del modo en que Pacheco concebía al auténtico anarquista, y más allá de la sospecha que podamos mantener sobre la tensión entre la prioridad declamada que hace del anarquismo ante su personalidad y la inversión de hecho que hace de esa misma consigna, lo cierto, lo indudable, para nosotros es que nunca defraudó ni renegó del anarquismo, en el que se mantuvo “fijo”, como le gustaba decir, como un “gaucho domador” con la piernas apretadas a su bagual, hasta el último segundo de su vida.

## Referencias

- Alberdi, J. B. (1980). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). Buenos Aires: Editorial Plus Ultra
- Barrioga, O. (2008). *Anarquismo trashumante. Crónicas de crotos y linyeras*. Buenos Aires: Terra-mar Ediciones
- Barrett, R. (1943). *Obras completas*. (3 vols.). Buenos Aires: Americalee
- Berlin I. (2015). *Las raíces del romanticismo*. Buenos Aires: Ediciones Taurus
- Bergson, H. (1985). *La evolución creadora* (1907). Barcelona: Planeta-Agostini
- D’Auria, A e Ibarra, E. (2020). *El anarquismo de Rodolfo González Pacheco. Un ensayo crítico sobre “carteles”*. Buenos Aires: Editorial Libros de Anarres. (Colección Utopía Libertaria)
- Echeverría, E. (1972). *Obras Completas*, Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora
- González Pacheco, R. (1956). *Carteles*. Buenos Aires: Ediciones La Obra
- Grupo de Estudio sobre el Anarquismo. (2007). *El anarquismo frente al derecho*. Buenos Aires: Libros de Anarres, Buenos Aires 2007. (Colección Utopía Libertaria)
- Lasswell, H. (1963). *Psicopatología y política*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Lugones, Leopoldo. (1972). *El payador*. Buenos Aires: Huemul
- Nietzsche, F. (2010). *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alanza Editorial
- Nietzsche, F. (1996). *Ecce homo*. Buenos Aires: Alanza Editorial

llamo el egoísta involuntario”. Stirner, M. (2004). *El único y su propiedad*. Madrid: Valdemar. p. 69.

23- Cf. Suriano, J. (2004). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial. p. 133-134. Esta cita referencia corresponde a la misma cita trascrita en la nota 24, a la cual nos remitimos nuevamente.



- Nietzsche, F. (1983). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Sarpe.
- Prieto, A. (2006). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. 2006.
- Suriano, J. (2004). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- Tarcus, H. (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé
- Terán, Oscar (2008). *Historia de las ideas en Argentina*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Safranski, R. (2009). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets Editores
- Sarmiento, D. F. (1974). *Facundo*. Buenos Aires: Losada.
- Stirner, M. (2004). *El único y su propiedad*. Madrid: Valdemar.
- Romero, J. L. (1979). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Weinberg, F. (1977). *El salón literario de 1837*, Buenos Aires: Librería Hachette

